

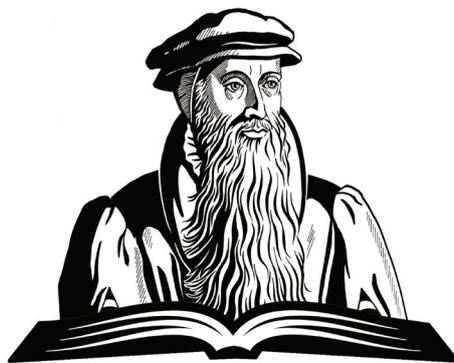
MÓDULOS DE VIDEOCONFERENCIAS

Teología Sistemática

Rev. Robert McCurley (ThM)
Módulo 1: Prolegómenos

Lección #7

El canon de de las Escrituras



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citas breves con el solo propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Santa Biblia, RV-SBT, copyright © 2023 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Las traducciones de los documentos confesionales históricos, tales como, la Confesión de Fe de Westminster, el Catecismo Menor de Westminster y el Catecismo Mayor de Westminster fueron usados con el permiso de la Editorial de la Academia de Teología Reformada © 2024.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Greenville Presbyterian Church [Iglesia Presbiteriana de Greenville], en Taylors, Carolina del Sur; una congregación de la Free Church of Scotland (Continuing) [Iglesia Libre de Escocia (Continuada)], del presbiterio de los Estados Unidos de América.

www.greenvillepresbyterian.com

The image shows a header for a course. It features a background of classical stone columns. The title 'Teología Sistemática' is written in a large, white, serif font with a slight shadow. Below it, the subtitle 'Módulo 1: Prolegómenos' and the author 'por el Rev. Robert McCurley' are written in a smaller, white, serif font.

Teología Sistemática

Módulo 1: Prolegómenos
por el Rev. Robert McCurley

INTRODUCCIÓN:

1. Metodología
2. Credos y confesiones

PRIMEROS PRINCIPIOS:

3. La naturaleza del conocimiento teológico
4. La revelación general y especial
5. La inspiración de las Escrituras
6. Los atributos de las Escrituras
7. El canon de las Escrituras
8. La preservación y traducción de las Escrituras
9. La interpretación de las Escrituras
10. La continuidad de las Escrituras



TS 1: Prolegómenos
por el Rev. Robert McCurley

Lección #7

*El canon de
las Escrituras*

Muchos de ustedes habrán visitado alguna vez una biblioteca, ya sea una grande o pequeña. Puede que algunos incluso tengan una modesta colección de libros en sus hogares. Las bibliotecas sirven como depósito de la literatura escrita. Podemos encontrarlas en todo el mundo: en universidades, escuelas, comunidades locales, y casas particulares.

Por lo general, los libros de las bibliotecas más grandes están organizados por temática, y luego, también, por el nombre de sus autores. Un visitante puede recorrer los pasillos, revisando en las estanterías los volúmenes que considera más adecuados para lo que quiera leer o investigar.

Cuando pensamos en la Biblia, solemos pensar que es un solo libro grande; y eso es verdad, por supuesto. Pero, en cierto sentido, también es una biblioteca pequeña comprendida de 66 libros diferentes, escritos por diferentes autores humanos, con diversos trasfondos, a lo largo de varios siglos; todos ellos inspirados por Dios, el autor supremo de cada palabra.

En esta lección, estaremos viendo el canon de las Sagradas Escrituras. Ahora bien, la palabra «canon» proviene de una palabra griega que hace referencia a una vara de medir. Esta vara sirve como estándar o norma. Esta pala-

bra se aplicó, entonces, a las Sagradas Escrituras, que son el estándar inspirado o la regla autoritativa de fe y vida de todos los tiempos.

Así pues, cuando decimos canon, nos referimos a los 39 libros del Antiguo Testamento y a los 27 libros del Nuevo Testamento. Estos 66 libros de la Biblia, ni más ni menos, conforman lo que llamamos el canon de las Escrituras. En el tiempo del ministerio terrenal del Señor Jesucristo, el pueblo de Dios ya tenía una colección completa de las Escrituras del Antiguo Testamento. Cristo y los apóstoles reconocieron su autoridad divina y los leyeron, estudiaron, memorizaron, y citaron frecuentemente, en consecuencia.

En el tiempo de los apóstoles, el proceso de recolección de las Escrituras del Nuevo Testamento, recién había comenzado. Pablo, por supuesto, sabía que sus escritos eran inspirados; es por eso que él escribe en 1 Tesalonicenses 5:27: «Os conjuro por el Señor que esta carta sea leída a todos los santos hermanos». Y también lo dijo en Colosenses 4:16: «Y cuando esta carta sea leída entre vosotros, haced que también sea leída en la iglesia de los laodicenses».

Asimismo, Pedro se refiere a las epístolas de Pablo como santas «Escrituras», en 2 Pedro 3:15-16. A medida que los libros del Nuevo Testamento, dados por Dios, se difundían a gran escala, surgieron problemas; esto se debió a que unos herejes rechazaban algunos libros del Nuevo Testamento, y otros falsos maestros promovían libros no inspirados, de pura composición humana.

Para combatir estos errores, la iglesia tuvo a bien convocar un concilio para declarar cuáles eran exactamente los libros del Nuevo Testamento para la edificación del pueblo de Dios.

En este primer módulo de teología sistemática seguimos viendo la doctrina de los primeros principios, prestando especial atención a la doctrina de las Sagradas Escrituras. En la lección anterior, hemos visto algunos atributos de las Escrituras que se derivan de su inspiración. Estos atributos nos sirven de base para que ahora consideremos su canonicidad.

Al igual que en las otras lecciones, veremos esta doctrina desde una perspectiva escritural, doctrinal, polémica y práctica. Entonces, en primer lugar, la perspectiva escritural. En Romanos 3:1, Pablo hace la pregunta: «¿Qué ventaja tiene, pues, el judío?» [¿Qué ventaja tiene, pues, el judío?]. Ahora, si te preguntaran esto, ¿cuál sería tu respuesta? ¿Qué privilegios tenía

el pueblo de Dios bajo el Antiguo Testamento? Es más, si solo pudieras nombrar una sola, ¿cuál sería la ventaja que destacarías?

Bueno, Pablo, escribiendo bajo la inspiración del Espíritu Santo, nos da la respuesta en el versículo 2. Él dice: «Mucho, en todas maneras. Lo primero, ciertamente, que [los oráculos] de Dios les han sido [confiados]».

Los oráculos son declaraciones divinas, palabras que tienen su origen en Dios. Estos oráculos divinos —como él los llama— se refieren a las escrituras del Antiguo Testamento. Su fuente u origen es Dios, como vimos en la lección de la inspiración.

Pero Dios, habiendo dado las Escrituras, también encomendó esta revelación divina al pueblo. Bueno, ¿y a qué pueblo? Específicamente, el Señor lo encomendó a la iglesia, el pueblo de Dios; quienes debían reconocer la autoridad divina de las Escrituras, recibirlas, creerlas, y retenerlas.

Tener la Palabra de Dios era su principal ventaja, o privilegio. Esto no sería, por supuesto, ninguna ventaja si Dios supliera las Escrituras y su pueblo fallara en reconocerlas o recibirlas. La intención de Dios es que la iglesia tenga su revelación completa y confíe plenamente en esas Escrituras como la Palabra de Dios que es, su única regla de fe y vida.

Así que, las palabras de Pablo en Romanos 3:1 y 2, por lo tanto, deja claro lo que se espera de nosotros: reconocer y recibir la Palabra escrita de Dios que nos ha sido confiada; y, también nos introducen en el concepto de la canonicidad de las Sagradas Escrituras.

En segundo lugar, necesitamos considerar la perspectiva doctrinal de la canonicidad de las Escrituras, y aquí expondremos algunas de las categorías y distinciones más detalladas que la Biblia nos da. Pero, primero, veamos lo que la Confesión de Westminster dice sobre esto.

En el capítulo 1, párrafo 2, leemos: «Bajo el nombre de Sagradas Escrituras, o la Palabra de Dios escrita, están ahora contenidos todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamentos, que son estos [...]», y luego procede a hacer una lista de los todos los 39 libros del Antiguo y los 27 libros del Nuevo Testamento.

Aquí, entonces, se reconoce que la Biblia está delimitada a 66 libros, ni uno más ni uno menos. Esta es la suma, o si prefieres, la breve declaración de la Confesión de Westminster. Ahora bien, hemos visto en la lección anterior la autoridad divina de las Escrituras. Permíteme recordarte cómo la Confesión hablaba de ello en el capítulo 1, párrafo 4.

Allí dice: «La autoridad de las Sagradas Escrituras, por la cual han de ser creídas y obedecidas, no depende del testimonio de ningún hombre o iglesia; sino enteramente de Dios (quien es la verdad misma), el autor de ellas; y, por tanto, han de ser recibidas porque son la Palabra de Dios».

La naturaleza del canon debe diferenciarse del reconocimiento del canon. En otras palabras, el canon es intrínsecamente autoritativo. El reconocimiento del canon, por parte de los hombres o de la iglesia, no lo hace autoritativo. Esto es así, porque sólo Dios es el único que puede dar testimonio de sí, como vemos en Juan 5:38-39, por ejemplo.

Esto nos lleva al punto más importante y fundamental tocante a la canonicidad, y es que el canon se acredita a sí mismo. El canon acredita ser auténtico, genuino y autoritativo por sí mismo. Este punto está respaldado por el material que hemos visto en una lección anterior, acerca de que la Escritura misma da testimonio de sí.

El creyente llega a reconocer la autoridad divina de los libros de la Biblia con la ayuda del testimonio del Espíritu, pero ellos mismos, esos libros, son autoritativos de por sí, sea que los hombres los reconozcan o no. Además, el hecho de que el canon del Nuevo Testamento se acredite a sí mismo, se refuerza por varios criterios, entre ellos, la apostolicidad; es decir, que cada libro tuvo que haber sido escrito por o bajo la dirección de un apóstol.

Bueno, ¿y por qué creemos esto? Porque Cristo prometió usar a los apóstoles para darnos las Escrituras. Recuerda lo que dijo al final de su ministerio, por ejemplo, en Juan 14 y Juan 16, donde lo escuchamos decir esto. Esto se muestra, por ejemplo, en Juan 21:24, donde Juan está escribiendo, y dice: «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero».

Pablo también lo confirma, en pasajes como Efesios 3:5, cuando dice: «que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres,

como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu». La iglesia está «[edificada] sobre el fundamento de los apóstoles y profetas», como vemos en Efesios 2:20, porque esos oficios divinamente designados, de apóstoles y de profetas, fueron dados por Dios para que llevaran a cabo la culminación del canon, para darnos los libros del Nuevo Testamento que nos faltaban.

Esto nos da el fundamento sobre el cual se edifica la iglesia. Por eso era de suma importancia que hubiera una confirmación de que los libros del Nuevo Testamento hayan sido escritos por los apóstoles; los que ellos dijeron haber escrito. Es por eso que Pablo dice, por ejemplo, en 2 Tesalonicenses 3:17: «La salutación es de mi propia mano, de Pablo, que es mi señal en toda carta mía; así escribo».

¿Qué pretendía con esto? Estaba confirmando a la iglesia en Tesalónica que ésta era, en efecto, una epístola escrita por él; porque ellos entendían, así como él entendía, y también la iglesia en general, que Dios usaría a los apóstoles, por medio de la inspiración, para escribir la Sagrada Escritura, y así dársela a la iglesia.

Pero, hay más: el carácter acreditativo del Nuevo Testamento también está respaldado por su contenido, su evidencia interna. Los libros del Nuevo Testamento son, por supuesto, congruentes entre sí, y están en armonía con la enseñanza del resto de la Biblia, con el mismo elevado carácter espiritual que caracteriza a la Biblia en su conjunto. Existen numerosos ejemplos a lo largo del Nuevo Testamento que confirman esto mismo, con sus propias palabras.

Piensa, por ejemplo, en el último libro del Nuevo Testamento, en su primer versículo. Apocalipsis 1:1 dice: «La revelación de Jesucristo, que Dios le dio para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan». Bueno, este reúne todas las características que hemos estado describiendo sobre la evidencia interna del libro mismo.

Y ese mismo libro, el libro de Apocalipsis, termina con estas palabras, en el capítulo 22, versículo 18 y 19: «Porque yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios añadirá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare

de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad, y de las cosas que están escritas en este libro». El Señor está diciendo que no hemos de añadir ni quitar nada de lo que nos ha dado por medio de sus apóstoles.

Así que, puedes ver estos indicadores dentro del contenido mismo de la Escritura. Ahora bien, se podrían ofrecer muchos ejemplos. Entre estos podrían incluirse 2 Tesalonicenses 2:15, 3:14; 1 Corintios 2:12-13, así como 14:37; en fin, hay muchos ejemplos que se podrían dar.

Además, la autoacreditación del canon del Nuevo Testamento puede explicarse también con la recepción universal de la iglesia. Recuerda lo que dijimos al principio de la lección. Como vimos en Romanos 3:2, Dios confió las Escrituras a una comunidad que estaba destinada a recibirla, es decir, a la iglesia, y, por lo tanto, debían ser aceptadas por la iglesia en su conjunto.

Esto fue así también para con los santos del Nuevo Testamento con respecto al Antiguo Testamento. Pablo se refiere al Antiguo Testamento como Sagrada «Escritura». Nuestro Señor hace lo mismo en los Evangelios. Se habla de Timoteo como siendo criado y enseñado por las Sagradas «Escrituras» desde su niñez, haciendo referencia al Antiguo Testamento.

Este mismo testimonio, por supuesto, el Nuevo Testamento ofrece con respecto al resto del Nuevo Testamento también. Hay, desde luego, muchos ejemplos de pasajes del Nuevo Testamento refiriéndose a otras porciones del mismo como Escrituras. En 2 Pedro 3:3, tienes un pasaje de las Escrituras que se nos ha dado, y después ese mismo pasaje es citado por Judas.

También lo puedes ver en 2 Pedro 3:16; y, luego, en Judas, el libro de Judas, los versículos 17 y 18 para compararlos. Podrían ofrecerse muchos ejemplos más. De hecho, sería muy útil y edificante que pudieras elaborar una lista con todos los ejemplos encontrados.

No obstante, esto explica cómo se estableció el canon históricamente en la providencia de Dios, con la iglesia en su totalidad reconociendo las Escrituras inspiradas del Nuevo Testamento. Tenía que ser así. Dios dio estos 27 libros en el Nuevo Testamento a su iglesia. Ellos habían de recibirlos, reconocerlos, de manera universal, como el pueblo de Dios. Y eso, por supuesto, fue exactamente lo que sucedió, como dije, en la providencia de Dios.

Entonces, aquí tenemos algunos de los componentes de los principios bíblicos que contribuyen a nuestro entendimiento de la doctrina del canon. Reconocemos, pues, ante todo, que él mismo se acredita como auténtico, o genuino, y autoritativo por sí mismo. Y esto se confirma por el testimonio apostólico, por la evidencia misma de los libros del Nuevo Testamento, y por el hecho de que fueron recibidos por el pueblo de Dios.

Sin embargo, eso no quiere decir que todos estén de acuerdo con esto. Así que, en tercer lugar, necesitamos considerar y responder algunas de las principales objeciones que atacan a la canonicidad de las Escrituras. Esta es la perspectiva polémica de la doctrina, y está destinada a prepararnos para refutar los errores y retener la verdad de la Escritura.

Bueno, la primera cosa que necesitamos considerar es la diferencia entre la doctrina de la iglesia católica romana y la doctrina bíblica protestante. Dentro del catolicismo romano, ellos afirman una autoridad dual: la iglesia tiene autoridad con todas sus tradiciones, y la Escritura tiene autoridad, ambas al mismo nivel.

De hecho, incluso es peor que eso, porque, el que las hagan o aleguen que ellas están al mismo nivel, termina exaltando a la iglesia y las tradiciones de la iglesia por encima de la Biblia. Los protestantes, por otro lado, sostienen la doctrina de la *Sola Scriptura*, que solo la Biblia es el estándar de fe y vida; que solo ella tiene autoridad divina; que todo debe estar sujeto a la Escritura, y probado por la Palabra de Dios.

Entonces, ¿cómo afecta esto a la doctrina de la canonicidad? Bueno, los católicos romanos podrán venir y decir que ellos son la iglesia que te dio la Biblia. Fíjate lo que pretenden decir con esto: y es que ellos ven a la iglesia como en una posición de autoridad, y son ellos los que te están dando la Biblia.

Pues bien, los protestantes, por otro lado, dicen: No, la iglesia reconoció la autoacreditación del canon, pero la iglesia no creó el canon. En otras palabras, primero es la Biblia, después, la iglesia; que, de hecho, es fruto de la Biblia.

Asimismo, los católicos romanos dirán que la iglesia es la madre de la Escritura; sabes a lo que se refieren: a la figura de una madre dando a luz a la

Escritura, exaltando así, de nuevo, la iglesia por encima de la Biblia. Mientras que los protestantes, y la Biblia misma, nos enseñan que la iglesia está sujeta a la Biblia. No está por encima, sino por debajo de ella. Solo somos siervos de las Escrituras.

Los católicos romanos enseñan que la iglesia tiene una interpretación infalible. Así que, la iglesia debe decirte lo que la Biblia dice, y lo que la Biblia quiere decir, de manera que con esto exaltan su autoridad. Incluso hubo momentos en la historia donde ellos dijeron: «Ni siquiera podemos dejarle a la gente, al pueblo de Dios, la Biblia en los bancos [de la iglesia] porque eso sería un desastre. Tenemos que decirle lo que deben pensar sobre lo que la Biblia dice». Puedes ver cómo esto es producto de exaltar la autoridad de la iglesia por encima de la Biblia.

Bueno, la doctrina bíblica que los protestantes sostienen es que no existen interpretaciones privadas. 2 Pedro 1:20 y 21 dice: «entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque la profecía nunca fue traída por voluntad humana —obsérvese aquí que no es la iglesia la que la ha originado por sí misma— sino que —dice allí— los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo».

Así que, lo primero a considerar de la perspectiva polémica es ser capaces de reconocer los errores de la iglesia católica romana al exaltar a la iglesia por encima de la autoridad de la Biblia. Pero, hay un segundo punto que debemos considerar, y se trata de los libros apócrifos. Los apócrifos nos ofrecen un valioso caso de estudio sobre las marcas de la canonicidad.

Ahora bien, cuando digo «apócrifos», o «los libros apócrifos», nos estamos refiriendo a la colección de libros que se encuentran justo en medio de las escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos en las biblias católicas romanas. ¿Y de dónde salieron estos? Los libros apócrifos fueron escritos después que el Antiguo Testamento fuese completado, es decir, después del libro de Malaquías. Durante esos 400 años intermedios, estos libros fueron producidos, y, después, llegamos, por supuesto, a los Evangelios, y luego al resto de las Escrituras del Nuevo Testamento.

Entonces, esta sección intermedia de los libros que los católicos romanos tienen en sus biblias es lo que entendemos por apócrifos. Ahora bien, ¿qué tiene que decir la Confesión de Westminster sobre éstos? En el capítulo 1,

párrafo 3, dice: «Los libros comúnmente llamados apócrifos, no siendo de inspiración divina, no son parte del canon de la Escritura; y, por consiguiente, no son autoridad en la iglesia de Dios, ni han de ser aprobados o usados de ninguna otra manera, sino de la misma manera que otros escritos humanos».

Esto es, en resumidas cuentas, lo que los protestantes creen sobre los apócrifos. Ahora repasemos las doctrinas que hemos estado revisando en este segundo punto, y pongamos a prueba a los apócrifos con ese estándar bíblico. Bueno, en primer lugar, tenemos que decir que los apócrifos no se acreditan a sí mismos, y eso quedará demostrado a continuación, ni tampoco son confirmados por el testimonio del Espíritu.

Nótese algunos detalles. Por ejemplo, los apócrifos no fueron escritos por profetas ni por apóstoles, lo cual vimos que era uno de los criterios: el Antiguo Testamento fue dado por los profetas, y el Nuevo Testamento fue dado por los apóstoles y profetas. Por lo que, si esos libros no fueron escritos por profetas ni por apóstoles, significa, entonces, que carecen del criterio que la Biblia misma nos da.

En segundo lugar, al leer los libros apócrifos, te darás cuenta lo contradictorios que son. Se contradicen entre ellos mismos, pero, lo que es más importante, contradicen ciertos puntos doctrinales y verdades que las Sagradas Escrituras nos enseñan. De hecho, hay partes de los apócrifos que son pura ficción, son artificiosos. Así que, su contenido, según el estándar que la Biblia nos dice sobre el contenido, también hace que los apócrifos no superen la prueba.

Y, por último, los apócrifos no fueron recibidos universalmente por la iglesia. De hecho, los judíos no los aceptaron como Escrituras, los apóstoles tampoco los citaron, y la iglesia primitiva no los recibió durante sus primeros siglos de historia. Así que, los apócrifos no cumplen con el estándar de la canonicidad. Aquí tenemos otro ejemplo del uso de esta perspectiva polémica de la doctrina de la canonicidad.

Pero, en cuarto y último lugar, debemos ver su enfoque práctico. Al considerar el canon de la Escritura, podemos destacar algunas implicaciones prácticas para nosotros; al menos unas cuantas.

La primera es que la doctrina de la canonicidad nos lleva a tener una muy alta y santa estima de las Escrituras. La Biblia, y sólo la Biblia, establece un estándar autoritativo, incluso para sí misma. A esto nos referimos cuando hablamos del carácter acreditativo del canon. Solo Dios puede hablar de sí mismo.

Piensa en las palabras de Daniel 4:35: «Y todos los moradores de la tierra por nada son contados, y en el ejército del cielo y en los moradores de la tierra hace según su voluntad; y no hay quien estorbe su mano y le diga: ¿Qué haces?». Así que, esta doctrina de la canonicidad nos lleva a tener una alta y santa reverencia por las Escrituras.

La segunda, es que tenemos una Santa Biblia, un libro que es diferente a todos los demás, y de una pureza perfecta. Debemos cuidarnos, entonces, de no añadir o quitar algo de los 66 libros de la Biblia. Leemos en Deuteronomio 12:32: «Cuidaréis de hacer todo lo que yo os mando; no añadirás a ello ni quitarás de ello». Esto es muy similar a lo que vimos antes, al citar el final de Apocalipsis, capítulo 22.

En otras palabras, debemos temer a Dios. Isaías 66:2 dice: «Mas a aquel miraré: al que es pobre y humilde de espíritu y que tiembla a mi palabra». Esto describe lo que es el temor de Dios, al tratar a la Biblia como una palabra santa que Él nos da. Debemos ser celosos para conservarla, no permitiendo que nadie la altere añadiendo o quitándole algo.

La tercera, es que entender la doctrina de la canonicidad cultiva la confianza en la Palabra de Dios. El creyente puede estar seguro, absolutamente seguro, de que en su Biblia tiene la revelación completa que Dios ha encomendado para la edificación de su iglesia.

Ahora bien, hay muchos no creyentes que lo cuestionarán, diciendo: «Bueno, se escribieron muchos libros en el primer siglo, ¿cómo podemos estar seguros que son éstos? Tal vez, tenemos los libros equivocados; tal vez, algunos que debieron ser incluidos no lo están, y otros que no debieron incluirse, sí lo están». Existe todo intento de confusión, y esto puede ocasionar que algunos creyentes pierdan su confianza en las Escrituras, o, por lo menos, que se vea zarandeada.

Así que, nuestro estudio de la doctrina de la canonicidad aborda ese problema, ¿verdad? Nos arraiga profundamente a las Escrituras mismas, confirmando nuestras mentes y corazones al hecho de que la Santa Biblia, con sus 66 libros, es, sin duda, el canon completo y perfecto de las Sagradas Escrituras.

Pues bien, en esta lección hemos visto la canonicidad de las Escrituras, que la Biblia está compuesta exclusivamente por 66 libros inspirados: 39 del Antiguo Testamento, y 27 del Nuevo Testamento. En la siguiente lección, veremos la preservación del canon, así como los principios bíblicos que rigen la traducción de las Escrituras en varios idiomas.